

PANORAMA INTERNACIONAL

CHOMBE salió del Congo envuelto en injurias, acusado de toda clase de crímenes: ha regresado para ser primer ministro. Se le acusó de ser el autor material del asesinato de Lumumba, de vender su país al extranjero, del asesinato del secretario general de las Naciones Unidas, Hammarskjöld —oficialmente, el accidente de su avión se ha declarado fortuito: entre las acusaciones contra Chombé figura la de que fueron dos cazas de la gendarmería katangués los que abatieron el avión con los colores de la O. N. U.—; se le acusa de haber dividido o, mejor dicho, troceado el Congo. Todavía ahora se le acusa del asesinato de Jason Sendwe, ocurrido hace dos semanas, sin más apoyo aparente para esta acusación que la de que Sendwe era el peor enemigo de Chombé y que el crimen ha precedido en unos días al regreso de éste. Con todo este grave peso, Chombé reaparece ahora como el hombre capaz de reunificar el país, de acabar con las disidencias y de instaurar el orden y la paz. El Congo nos tiene acostumbrados a todo. Esta última paradoja ya apenas asombra. Cualquiera que sea su resultado final, sólo podrá ya asombrar que realmente el Congo vuelva a la calma. Parece imposible. Es imposible.

sangre y anécdotas

EN los cuatro años transcurridos desde la fecha de lo que se llama la independencia del Congo, y que no fue más que la señal para que todas las rapacidades internacionales se le echaran encima, el país ofrece la mayor colección de anécdotas; y también ofrece un río de sangre. Se nos enseña un país que raya en lo cómico: paracaidistas armados con material moderno que, antes de subir en los aviones, se hacen inmunizar por un brujo de tribu; colonos belgas que tienen grabados en el magnetofón ruidos de ametralladora y gritos de combate para gastar bromas pesadas a sus vecinos —y a las fuerzas de la O. N. U., que acaban de salir del país—; antiguos cabos que se convierten en generales; políticos que se encarcelan entre sí... El Congo es una broma. Esta broma ha costado la vida, en cuatro años, a un millón de congoleños. Naturalmente, el anecdotario está perfectamente organizado. Unas veces es cierto —¡por qué no ha de serlo!—, otras, es inventado por periodistas especializados. Se trata de demostrar que el país no tiene arreglo, que está poblado por salvajes vengativos. Se trata de hacer válida la frase de un oficial nigeriano que abandonaba el país con el contingente de fuerzas que servían a la O. N. U.: «Estas gentes no están preparadas para la independencia por lo menos antes de diez años». Se trata de avalar una sola palabra que todo lo justifica: caos. O si se quiere de una manera más literaria, «una pesadilla surrealista», como escribe Arnaud de Borchgrave («Newsweek», 6 de julio).

no hay caos para el cobre

DOS datos sorprenden un poco cuando uno trata de admitir la existencia del caos como un hecho inevitable. Uno de ellos, que los demás países independientes de África no han ofrecido hasta ahora ninguna clase de caos. Existen los altibajos históricos que pueden observarse en cualquier descolonización, pero nada más. Ante esto cabe pensar: a) que los congoleños son una raza especial que no tiene arreglo posible, una

excepción en el mundo; b) que los belgas no cumplieron la misión «civilizadora» de que hoy alardean con la eficacia con que pueden haberla cumplido otras naciones; c) que el caos está organizado. La primera hipótesis es la que trata de convertirse en tópico, y hay que rechazarla por anticientífica. La segunda tiene algo de cierto, pero no es suficiente, por el hecho de que las demás naciones colonizadoras no se han preocupado de civilizar más que los belgas, y el resultado actual es distinto. La tercera es la que parece —por lo menos, a mí— más verosímil. El segundo dato sorprendente parece corroborar esta conclusión: de todo el caos congoleño sobrenada como modelo de orden la zona de las minas de cobre, el territorio de la *Union Minière* belga. Es un dato que se presenta como otra de las paradojas del Congo. La *Union Minière* ha elevado su producción de cobre en estos

CHOMBE REGR

Chombé ha sido y sigue siendo el hombre de la «Union Minière». Ahora se en muchas ocasiones han alarmado al propio Gobierno de Washington. La acción



cuatro últimos años. Las industrias belgas —especialmente textiles y cemento— han aumentado su producción en un 25 por ciento. En un país donde el desorden reina, donde las tribus se matan entre sí, donde cada año mueren 250.000 ciudadanos por hechos de guerra, resulta inverosímil que precisamente las industrias importantes, y especialmente el cobre, no resulten alcanzadas por el caos. ¿Quién hace que el caos se detenga a las puertas de las minas? La respuesta es que, sin duda, alguien controla el caos, sabe dónde crearlo y dónde detenerlo.

Es posible que esta mano, o estas mismas manos, sean las creadoras del regreso de Chombé. El «buen negro» a quien siempre se supo en contacto estrecho con los belgas: ha sido y debe seguir siendo el hombre de la *Union Minière du Haut Katanga*. Ahora se

Por Eduardo HARO TECLEN

dice que está en contacto con la CIA, la famosa «Central Intelligence Agency», cuyas actividades en muchas ocasiones han alarmado al propio Gobierno americano que la sostiene. Está a punto de publicarse un libro en Estados Unidos, titulado «El Gobierno invisible», en el que los periodistas David Wise y Thomas Ross explican las actividades de la CIA; si el libro no se ha publicado aún es precisamente porque la misma Agencia presiona para evitarlo. La actividad de la CIA en el Congo ha sido revelada por el propio Departamento de Estado, que descargaba sobre ella la responsabilidad de la actuación de aviones de los Estados Unidos en el Congo. La historia de estos aviones y sus pilotos es curiosa. Parece que han sido facilitados por la CIA a una oficina comercial establecida en Florida, la «Double Check Corporation», que probablemente es una filial disfrazada de la propia Agencia. Estos pilotos eran cubanos. Se trataba de una excelente operación: combatir en el Congo a los «rebeldes» y, al mismo tiempo, adiestrar a los cubanos para que un día puedan luchar contra Fidel Castro. Por otra parte es de dominio público que los Estados Unidos mantienen en el Congo equipos de «consejeros» y «técnicos» que, como los del Vietnam, entran directamente en combate. Y como los del Vietnam, deben forzar a un Ejército nacional a luchar contra unos «rebeldes», sin que aparezca ningún deseo de lucha en ellos. Se hace notar —y vuelvo a citar al periodista americano Borchgrave— lo extraño que es que el Ejército nacional congoleño, armado con material moderno americano, no pueda hacer frente a los guerreros semi-desnudos, sin más material ofensivo que las lanzas y las flechas, del C. N. L. (Comité Nacional de Liberación). Porque la realidad es que los rebeldes, incluso los mulelistas —seguidores de Mulele, que ha tomado el puerto en las guerrillas, y que ha estudiado arte militar en China—, carecen de armas modernas. Se insiste mucho en la ayuda china, e incluso rusa —de este último país con mucha más discreción, para no entorpecer la «coexistencia», a los llamados «rebeldes», pero la realidad es que hasta ahora no parecen haber sido halladas armas comunistas. Se ha encontrado material de propaganda y de enseñanza editado en Pekín. Se sabe que Pekín sigue con atención las luchas en las provincias de Kwilu, Kivu y el Norte de Katanga. En un editorial publicado el 1 de julio —aniversario de la «independencia» del Congo— en el diario de Pekín «Yenmin Yih Pao», se decía que «las condiciones revolucionarias son excelentes». Se dice que China ayuda a los «mulelistas» y a otros grupos de extrema izquierda desde su Embajada en Brazzaville (Congo ex francés), donde tiene su sede en el exilio el C. N. L., y desde su oficina comercial en Burundi, y que desde allí facilitan dinero y material de propaganda. Fuentes americanas aseguran que China no enviará armas ni hombres hasta que los rebeldes dominen una provincia completa. Los instructores que se llaman «chinos» no lo son en realidad, sino congoleños instruidos en Pekín en la lucha de guerrillas.

De esta forma cuatro cubanos de Miami, enviados por los americanos de la CIA ante los ojos cerrados del Departamento de Estado, han resultado muertos por negros educados en Pekín... Este enorme absurdo ilustra mejor que nada la internacionalización del Congo y la creación del caos, sin olvidar otras presencias extranjeras menos acusadas. Es fácil predecir que sin las intervenciones extranjeras el conflicto congoleño desaparecería en unos meses y el país se convertiría en uno más de África negra. Pero, ¿qué sería de sus riquezas? ¿Qué sería de los intereses financieros internacionales? ¿A qué manos iría a parar el cobre? Estas preguntas son decisivas. La obvia respuesta hace que se comprendan muchas cosas y, sobre todo, que se comprenda por qué se acusa a los congoleños de un desorden del que son las únicas y reales víctimas.

ESA AL CONGO

dice que también está en contacto con la CIA norteamericana, cuyas actividades de la CIA en el Congo ha sido revelada por el propio Departamento de Estado.

